

DE MATUNA A SITURNA

UNA APROXIMACIÓN A LA TOPONIMIA DE LA REGIÓN DEL MAGDALENA. PRIMERA PARTE

Esperanza Ardila y Leydis Tejada*

En la pasada temporada turística, me contaron una historia difícil de creer, tanto, que me di a la tarea, junto con un grupo de amigas, de indagar sobre el tema. Un buen día del mes de junio, en la concurrida playa de El Rodadero, bajo la sombra escasa de una palmera se encontraba una hermosa mujer, sentada en la arena. Decidido a conocerla, un hombre caminó a paso lento con las manos en los bolsillos, pretendiendo aparentar descuido o indiferencia. Tras un intercambio de saludos simples, siguió la presentación, él tartamudeando un poco, ella amable y cálida; luego, una conversación pueril donde no faltó la frivolidad más absurda. Al día siguiente salieron juntos a recorrer la ciudad, él sería su guía, le explicaría la historia, el pasado lejano y reciente de su querida Santa Marta, que era una ciudad antigua y un remanso de tranquilidad; como siempre ocurre, exageraría también en las virtudes de su pequeña patria. Comenzaron el recorrido en la Quinta de San Pedro Alejandrino, pero cuál sería su sorpresa cuando ella en vez de preguntar sobre el significado de aquel histórico lugar, le preguntó sobre el origen del curioso nombre de *Mamatoco*, que era el barrio donde se encontraban, ¿qué podría responder?. AMA-mamatoco (tragó saliva), pues no sé, eh... a ver es que la gente aquí le pone nombres raros a todo; dijo al fin, mientras pensaba mentalmente qué diablos podría significar esa palabra. Tal respuesta no convenció a nuestra suspicaz turista, no obstante, siguieron el camino como si nada hubiera pasado. Más

adelante, esperando la ruta de bus, ella preguntó distraídamente por *Don Jaca*, qué clase de nombre era ese para un lugar? Durante el trayecto tuvieron tan mala suerte que la buseta se quedó sin gasolina en plena Avenida del Río. Les devolvieron el pasaje y mientras esperaban otra buseta una anciana se acercó preguntándoles por una dirección en *Taminaka*; (qué bien, qué día de suerte), pensó para sus adentros el ya avergonzado guía. No sé mi señora, en realidad no conozco este barrio, y mientras se alejaba la interlocutora pronunciando rutinariamente gracias, ella, la turista, preguntaba esta vez por el significado de *Taminaka*, pero ya ni siquiera esperaba una respuesta. Al llegar a la carrera quinta acordaron recorrer los pocos centros comerciales, el joven se sintió aliviado al pensar que se había liberado de esa estúpida tarea auto-impuesta de guía turístico, entraron a uno por el lado de la caja de compensación familiar y se encontraron con un cartel que promocionaba un centro recreacional, *Teyuna*, ella volvió a preguntar, pero en esta ocasión parecía hacerlo por burla. Lo mismo ocurrió cuando llegaron a Telecom y en el directorio telefónico en la parte de la guía hotelera encontraron toda clase de nombres muy conocidos por él, mas sus significados, como era de esperarse, desconocía por completo. La joven turista había leído de sobra los sitios históricos de Santa Marta, por lo tanto, le causaba más curiosidad aquellos lugares cuyos nombres nunca había escuchado, pensaba que a través de ellos era como se adentraba en el verdadero pasado de una ciudad. Con esta breve anécdota podemos

* Estudiantes de segundo semestre de antropología. Universidad del Magdalena.

inferir que, por lo general, las personas ajenas a Santa Marta están más interesadas en conocer el origen de los nombres, entre otras cosas, mientras que nosotros, los que la habitamos demostramos indiferencia por indagar su historia. Diariamente manejamos en nuestra habla palabras que son de dominio público y representan algo más que la simple denominación de un espacio, encierran en sí un significado profundo y ajeno a nuestra agitada y pragmática vida occidental.

La mayoría de estas palabras son de origen indígena, de ahí se desprende esa aparente extrañeza que nos causa; sin embargo, la historia enseña que Santa Marta y sus alrededores antes de la llegada de los españoles era un territorio habitado por grupos indígenas como los Tayrona; por tal razón, es normal que aún existan sitios con estas designaciones. Actualmente algunos lugares han permanecido con los nombres originales, otros se han confundido entre historias contrarias o complementarias, y en el resto el significado profundo ha desaparecido en la oscuridad de los recuerdos. Realizar la toponimia de nuestra ciudad es un trabajo dispendioso que requiere invertir mucho tiempo y, aún así, no se garantiza un resultado completo, pues son pocas las personas que pueden proporcionar información al respecto, entre las cuales mencionaremos al antropólogo Julio Barragán, a quien agradecemos los datos suministrados sobre algunas palabras.

La terminación *aca* significa lugar, tal es el caso de *Mendihuaca*, *Guachaca*, *Buritaca*, *Taminaka*, *Surivaka*. De forma similar, la terminación *ama* indica valle como *Chairama* o *Donama*.

Por otra parte, palabras como *Nehuanje*, *Gairaca*, *Bonda* y *Masinga* designan grupos indígenas que se ubicaron en la parte baja de la Sierra, los cuales mantenían conexiones espirituales con los grupos que habitaban la parte media y alta.

ARHUACO: este término no tiene traducción en la lengua de esta comunidad; es posible que haya sido un nombre dado por los cronistas o historiadores de la colonia. En su lengua se autodenominan *Wintukwa*.

ARSARIO: su caso es similar a la palabra *Arhuaco*. En su lengua se hacen llamar *Wiwa*.

CHIMILA: nombre que le daban los indígenas de la Sierra Nevada al pueblo que vive en el pie de la misma, a orillas del río Ariguaní pero cuyo verdadero nombre es *Ette-ennaka*. Fue un pueblo muy guerrero que habitaba en la parte plana de lo que hoy son los departamentos del Magdalena y parte del Cesar.

CONCHA: es una playa, considerado sitio sagrado porque es el lugar de origen en la parte baja de la Sierra, donde se encuentran todavía piedras y caracoles para hacer pagamentos. Posiblemente esta palabra es una degeneración del *Kulcha Tuke* que es uno de los linajes más importantes de los Kogi, el cual tiene mucho poder porque hay *Mamos* y demás autoridades.

DON JACA: la segunda palabra es el nombre de un cacique que con el tiempo recibió por parte de los españoles el tratamiento de don.

GONAWINDÚA: es un cerro ubicado en un pico alto de la Sierra, para los indígenas representa el eje territorial por ser donde se originan las cosas del mundo.

IROTAMA: significa nido de culebras. Durante la construcción del hotel que lleva este nombre murieron varios trabajadores por picaduras de serpientes de cascabel.

KANKUAMO: es el nombre dado a un grupo indígena, el cual atraviesa un proceso de recuperación de su identidad cultural.

KOGI: esta palabra traduce gente, en su lengua se autodenominan *Kággaba*. En lengua arhuaca se utiliza la palabra *Sanka* para

decir gente e Ijka (Ikv) para designar humano y arhuaco, y diferenciarse de esta forma de los animales y demás grupos humanos.

MAMATOCO: sobre esta palabra se han tejido numerosas historias, algunas forman parte de la tradición oral, como el del Mama llamado Toco, otras son producto de investigaciones realizadas por algunos historiadores. El licenciado en ciencias sociales Wilfredo Padilla ha investigado durante algunos años el origen de este nombre, basándonos en este trabajo presentaremos una breve síntesis sobre el tema. El antropólogo Gerardo Reichel-Dolmatoff concluyó después de un estudio lingüístico con los pueblos indígenas sobrevivientes en la Sierra Nevada (especialmente con los Kogi) que Mama, traduce el título honorífico del sol, sacerdote. Y que Toco viene de tuxe o tuke que significa clan patrilineal. Es decir, que la palabra originalmente era Mama-tuxe que con el tiempo se degeneraría en Mamatoco. Sin embargo, en un documento presentado en la obra *Documentos inéditos para la historia de Colombia* de Juan Friede, aparecen nuevas luces al respecto; los indígenas para decir viejo utilizaban palabras compuestas, por ejemplo, Terrúa (hombre) más Tona (viejo) o Mena (mujer) más Tona. Así pues, el adjetivo Tona se usaba para masculino y para femenino, pero al ser castellanizado, debió acomodarse a las reglas fonéticas españolas; por lo tanto, el adjetivo en cuestión se cambió a Tono para referirse al sexo masculino. Se afirma, entonces, que la etimología de la palabra Mamatoco es Mamatona que pasó a Mamatono, para luego terminar en Mamatoco, lo cual traduce en sentido estricto, viejo sacerdote.

MATUNA: nombre de un cacique que vivió en la parte baja de la Sierra, cuya función era la de articular las fuerzas del mar con la fuerza de la Madre Sierra.

NABUSIMAKE: nombre dado a la tierra donde se originó el grupo indígena Arhuaco.

SITURNA: palabra kogy que significa tierra de nieve. Se cree que es el lugar donde van los espíritus de los muertos.

TAGANGA: es el nombre de un grupo indígena de la familia de los Tayrona, liderados por el cacique Taganga. Además, fue uno de los cuatro cacicazgos que los españoles encontraron en su llegada, los otros fueron Gaira, Bonda y Mamatoco. De acuerdo con los hallazgos arqueológicos se ha inferido que más que un asentamiento era un lugar ceremonial y cementerio indígena. Tiempo después de la fundación de Santa Marta, fue considerada Taganga como una población, posteriormente se elevó a la categoría de distrito parroquial asignándole el nombre de Parroquia de San Francisco de Asís. A mediados del siglo XIX, este lugar se convirtió en aldea, donde la principal actividad económica era la pesca. Actualmente, Taganga es reconocido como un corregimiento, los habitantes han heredado de sus ancestros la pesca estacionaria con chinchorro. Esta información fue obtenida a través de la tesis de grado «Diseño de un sendero interpretativo con fines de educación ambiental y ecoturismo en Taganga» de Medis Linero Ruíz.

TAMINAKA: esta palabra designa el lugar donde surgieron los Kogi.

TASAJERA: pueblo donde vivían los indígenas Pestaguas, se han encontrado yacimientos de concheros de más o menos 1500 años de antigüedad.

TEYUNA O TAYRONA: es el nombre del padre de los grupos indígenas que habitan la Sierra, en la cabecera del río Buritaca. Además, fue quien le enseñó a estos el uso y el trabajo de la piedra. Se dice que esta palabra no es de origen indígena propiamente sino que fue un término utilizado por los cronistas españoles.



GERARDO REICHEL-DOLMATOFF ESTUDIANDO A LOS KOGI. SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA. FOTO DE ALICIA DUSSAN.

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF

¿UN SAMARIO NACIDO EN SALZBURGO?

Roberto Almanza, Juan Carlos Gómez, Christian Olivera, Luis Benicio Torres*

La pasión humanista de *Gerardo Reichel-Dolmatoff*, lo llevó a dedicar su más de medio siglo de vida en Colombia, a los estudios etnológicos, arqueológicos y etnohistóricos que, todavía hoy, siguen siendo de los más importantes que se han realizado en el país. Este austriaco, de origen ruso-prusiano, llegó a estas tierras como muchos académicos europeos exiliados por las guerras mundiales y que, encabezados por Paul Rivet, acometieron la tarea de profesionalizar las ciencias humanas y las carreras tecnológicas como parte de la reestructuración de la educación superior colombiana, política esencial de los gobiernos liberales de la época. Como miembro de los llamados *Franceses libres en Colombia*, inició sus investigaciones bajo la dirección del mismo Rivet, pero la violencia desatada a partir de la segunda mitad de la década de los 40, provocó una atomización de los grupos de investigación social y una dispersión de sus miembros, quienes se vieron obligados a desarrollar sus trabajos de manera independiente, en zonas en donde la persecución derechista no era tan fuerte. Fue así como Reichel-Dolmatoff llegó a Santa Marta en donde, con la compañía permanente de su esposa Alicia Dussán, inició excavaciones en la Sierra Nevada y en las cuencas de los ríos Cesar, bajo Ranchería y bajo Magdalena, primer gran trabajo arqueológico que se hizo de la zona tairona. Al prolongar los

estudios hasta las sabanas de Bolívar, el río Sinú y las costas del golfo de Urabá, pudo establecer el primer esquema cronológico para la prehistoria del Caribe colombiano, empleando una metodología consistente en excavaciones estratigráficas en sitios de basureros o de habitación, más que exploración de monumentos o entierros indígenas. Algunas personas que lo conocieron, recuerdan el profundo afecto que sentía por la capital del Magdalena, pues fue aquí en donde él nació para la antropología colombiana. En 1945 fundó en Santa Marta el *Instituto Etnológico del Magdalena*, hasta ese entonces único en su género en el territorio nacional, en donde también exhibía las piezas que iba encontrando en sus permanentes trabajos arqueológicos, empezando así a constituir la colección que después se expondría en esta ciudad con el nombre de *Museo Etnológico del Magdalena*.

Hablar del Museo Etnológico del Magdalena, es hablar de las investigaciones de Reichel-Dolmatoff en la Sierra Nevada de Santa Marta y en las zonas ribereñas de nuestro departamento. Tanto el hombre como su obra fueron víctimas de un desconocimiento público casi total, hasta el punto que alguna administración departamental determinó que el Museo debía ser desalojado de la casa que le servía de sede, ubicada en pleno centro histórico de Santa Marta, y sin considerar las largas décadas de dedicación investigativa de su autor, ni la importancia cultural que guardaba para todos nosotros la comunica-

* Estudiantes de Antropología. Universidad del Magdalena.

ción científica más valiosa que hemos tenido con nuestro pasado raizal. La gran colección arqueológica y etnográfica fue arrojada a la calle, sin contemplaciones de ninguna clase y, aunque coleccionistas privados que tuvieron acceso directo a ella, pudieron conservar algunos objetos, la gran mayoría de ellos fueron recogidos del suelo por los transeúntes, como si se tratara de artículos inservibles, pero curiosos, que se encuentran tirados en un basurero. A pesar de este despilfarro científico y cultural algunas piezas de la valiosa colección, incluida la única momia que se ha encontrado hasta ahora en la Sierra Nevada de Santa Marta, se encuentran guardadas en el Museo Chairama del Parque Tairona, en donde no cumplen ninguna función porque, ni son expuestas al público, ni son sometidas a los cuidados que, para su conservación, requieren este tipo de tesoros. Una gran clasificación de los restos cerámicos hallados en *Pueblito* por el mismo Reichel-Dolmatoff y por su esposa, debe hallarse en alguna bodega de la ciudad, encerrada en nueve voluminosos guacales que mantienen presa una valiosa información, cuya consulta es necesaria para quien decida acometer, en la actualidad, el estudio de la cultura Tairona, la cual todavía tiene muchos secretos.

Cuando Gerardo Reichel-Dolmatoff llegó a Santa Marta poseía ya la nacionalidad colombiana, pero era un hombre que, en el área urbana de la ciudad, se movía en un círculo social e intelectual muy estrecho, en el que contaba con pocos amigos. Es por eso que poco se sabe de sus costumbres íntimas y quienes lo recuerdan, lo ven todavía como un académico distante y poseedor de una altivez que dificultaba intentar cualquier acercamiento. Conocedor del ruso y de otras lenguas eslavas, dedicaba muchas horas a la lectura de los clásicos de esa región del mundo, para lo cual se encerraba en su vasta

biblioteca en la que, incluso, contaba con ejemplares incunables. A pesar de su encerramiento intelectual y de esos lazos que lo mantenían atado a sus orígenes, al humanista se le oyó decir en más de una ocasión que el aprecio que sentía por Santa Marta y por sus gentes era tan profundo, que esperó hasta su muerte un reconocimiento público como *samarío ejemplar*, el que se le había prometido al otorgársele la *Cruz de Bastidas*, máximo honor que se concede en la ciudad a los personajes meritorios que hacen aportes importantes a la sociedad. Sin embargo, la condecoración sólo le fue entregada de manera póstuma a su viuda Alicia Dussán.

Para ser de alguna parte, no basta con querer serlo, sino que se requiere que el sentido de pertenencia también vaya dirigido de la comunidad hacia la persona. Por eso, la condición de samario que tanto añoraba Reichel-Dolmatoff le ha sido negada por nosotros mismos, pues el desconocimiento que tenemos de él es casi total, hasta el punto en que sólo sabemos que un personaje de apellidos raros, escribió casi toda la bibliografía referente a las comunidades de la Sierra, pero ignoramos el hecho de que haya residido en nuestra ciudad e, incluso, iniciado la crianza de sus hijos en ella. Una forma de hacerle un merecido reconocimiento al antropólogo y al hombre, sería emprender el rescate de su labor, materializada en el Museo Etnológico del Magdalena, lo que requeriría la participación de diferentes estamentos de la sociedad samaria y, en especial, del naciente Departamento de Antropología de la Universidad del Magdalena, que no podrá desarrollar óptimamente su énfasis en cultura caribe, sin un estudio profundo de la meritoria labor de este *samarío nacido en Salzburgo*.